

Verbum Christi de Jerusalem. Tan pronto como el diácono ha tomado el libro del altar se dirige al celebrante, se hinca con ambas rodillas, le pide su santa bendición, la recibe con suma humildad, y con el mayor afecto le besa la mano; al momento con grande gozo y alegría se dirige al lugar destinado al efecto. Estas ceremonias significan la misión y la bendición que los santos Apóstoles recibieron de Cristo antes que saliesen á predicar el Evangelio por los pueblos; y así armados, aunque iban como mansas ovejas en medio de lobos, no temían, por el contrario, con grande confianza predicaban la palabra de Dios, y como dice san Marcos: *Domino cooperante, et sermonem confirmante sequentibus signis*¹. Y para que se entienda que aun hoy en el día el mismo Jesucristo continúa enviando sus Apóstoles, por esto precede la bendición y el besar la mano del celebrante, que representa al mismo Jesucristo, según dice Inocencio III.

El turiferario con el incensario humeando asiste á esta grande ceremonia, y representa el olor de todas las virtudes que Jesucristo derramaba por todos los lugares en donde anunciaba su santo Evangelio, y también significa el buen olor de las virtudes que ha de tener el diácono, que representa la persona de Cristo; y por esta razón el turiferario debe pasar delante, para que entienda el diácono que antes debe ir con el buen ejemplo, con las virtudes, que con las palabras, á imitación de Jesús: *Qui cepit facere, et docere*². Y el ir los acólitos con las luces encendidas

¹ Marc. xvi, 20. — ² Act. i, 1.

significa la doctrina de Jesucristo, que es la luz del mundo.

Concluido el Evangelio, el subdiácono toma el libro y lo lleva al celebrante para que lo bese; y con esto se da á entender que el fruto de la predicación no se ha de esperar de nosotros, que solo somos instrumentos, sino de Cristo, representado por el celebrante; y á él se ha de atribuir, porque no es el que planta, ni el que riega, el que da el incremento, sino Dios, y á él se le ha de dirigir todo. Finalmente, el diácono incienso tres veces al celebrante, para manifestar la gratitud, sumisión y amor al divino Salvador, por haberse dignado bajar del cielo á la tierra para enseñarnos tan santa y divina doctrina, que bien practicada en la tierra nos hace santos y felices, y en el cielo gloriosos y eternamente bienaventurados. Que esto es lo que tiene la doctrina, que no solo hace felices en el otro mundo, sino ya también en este: no hay más que hacer la prueba, tanto en el individuo como en la sociedad.

CAPÍTULO XXVIII.

De las rúbricas que ha de observar el diácono.

En el capítulo XX, artículo 4.º, hemos hablado de las rúbricas que han de observar los ministros, y singularmente las que pertenecen al subdiácono; ahora trataremos de las que miran al diácono, de que en dicho capítulo no se haya hablado.

1.º Antes de salir de la sacristía para ir á

cantar la misa, se ha de poner incienso en el incensario, y se hace de esta manera: el turiferario entrega al diácono la naveta, la que recibirá con la mano derecha, la abrirá, y así abierta la tendrá con la mano izquierda, de modo que la abertura mire al celebrante; luego con la mano derecha cogerá la cucharita casi por el medio del mango, dejando expedito el extremo, para que el preste la pueda coger, se inclina un poco y dice: *Benedicite, Pater reverende*, y besa el extremo de dicha cucharita, la entrega al preste, y tan pronto como la ha cogido le besa la mano despues de cogerla.

Debemos advertir, que siempre que los ministros presentan alguna cosa al celebrante revestido con sus ornamentos, deben besar primero la cosa y despues su mano; y cuando la reciben, besan primero la mano del celebrante y despues la cosa que reciben. En cuanto al bonete es costumbre no besar sino á medias, es decir, hacer solamente la demostracion de besarle, y lo mismo debe decirse del *lavabo*; pero es de notar que la ceremonia de besar la mano ó el objeto únicamente debe hacerse respecto del celebrante. El diácono, aunque sea canónigo, cuando da al celebrante la cucharita del incienso, patena y cáliz, debe besarle la mano. (*R. S. C. año de 1817*). Y el celebrante lo debe permitir antes que fallar á una rúbrica tan expresa por una humildad mal entendida.

2.º En la incensacion del altar hará lo mismo que hemos dicho en la sacristía, á lo que añadirá: que dejada la naveta del incienso, toma el incensario con la mano derecha por el re-

mate superior de las cadenillas, y con la izquierda el extremo inferior junto al incensario; luego besa el extremo de las cadenillas, da el incensario al celebrante, y le besa su mano. Concluida la incensacion entrega el incensario al diácono, y este le besa la mano y despues el incensario, y puesto en el plano inciensa al celebrante únicamente, haciendo una profunda reverencia antes y despues de la incensacion.

3.º Cuando el celebrante dice: *Dominus vobiscum*, las Colectas, el *Orate fratres*, el Prefacio y el *Pater noster*, el diácono y subdiácono se ponen el uno despues del otro tras del sacerdote.

4.º Tan luego como el celebrante ha leído el Evangelio, el diácono pone el libro de los Evangelios encima del altar, en medio; toma la naveta, á fin de que el preste ponga incienso; el diácono se arrodilla sobre el último escalon ante el altar, y con las manos juntas dice: *Munda cor meum ac labia mea, omnipotens Deus, qui labia Isaie prophete calculo mundasti ignito: ita me tua miseratione dignare mundare, ut sanctum Evangelium tuum digne valeam nuntiare; per Christum Dominum nostrum. Amen*. Despues toma el libro del altar, y arrodillándose otra vez en la grada superior del altar, pide la bendicion al celebrante diciendo: *Jube, Domne, benedicere*.

5.º Recibida la bendicion besa la mano del celebrante, y precediendo el turiferario y los dos acólitos con las velas encendidas, se va, con el subdiácono á su izquierda, al lugar en que ha de cantar el Evangelio, de cara hácia el espacio que hay entre el pueblo y el celebrante, y teniendo las manos juntas dirá: *Dominus vobiscum*, y luego que hayan contestado: *Et cum spi-*

ritu tuo, pronunciando: *Sequentia sancti Evangelii secundum N.*, ó *Initium, etc.*, con el dedo pulgar de la mano derecha signa el libro en el principio del Evangelio que se ha de leer, y despues se signa á sí mismo en la frente, boca y pecho.

Al decir *Initium* ó *Sequentia* todos se signan menos el subdiácono, turiferario y acólitos. Y mientras que los ministros responden: *Gloria tibi, Domine*, el diácono inciensa el libro tres veces, una en medio del libro, otra á la derecha y otra á la izquierda, haciéndole antes y despues profunda reverencia. Cuando el diácono diga algunas de aquellas palabras en que la rúbrica manda que se ha de hacer genuflexion, se hará de esta manera: el diácono la hará delante del libro, y el celebrante y los demás la harán de cara al altar; todos harán genuflexion, menos el subdiácono que tiene el libro y los acólitos que tienen los candeleros: El diácono canta el Evangelio, teniendo siempre las manos juntas delante del pecho; en concluyendo indica al subdiácono dónde comienza, para que este pueda hacer otro tanto con el celebrante al aproximárselo para que lo bese. El diácono, precedido de los acólitos y acompañado del turiferario, va al medio del altar, y hace genuflexion sobre el escalon mas bajo, y desde el plano inciensa tres veces al celebrante, haciéndole antes y despues de la incensacion profunda reverencia.

6.º El celebrante empieza el *Credo*, estando el diácono y subdiácono el uno tras del otro en línea recta, como en el *Gloria*; luego suben al altar uno en cada lado, y continúan así.

7.º Cuando se ha cantado *Et incarnatus, etc.*, el diácono se levanta, deja el bonete en la silla,

junta las manos y hace reverencia al celebrante y solo va por el camino mas breve á la credencia, toma la bolsa de los corporales y con ambas manos la lleva levantada; al pasar por delante del celebrante le saluda y se dirige frente al altar, hace genuflexion en la primera grada y sube al altar, pone la bolsa sobre el ara, saca los corporales con la mano derecha, los deja y con la misma mano derecha coloca la bolsa á la parte del Evangelio, arrimada á la grada, luego extiende los corporales. Despues hace genuflexion teniendo las manos juntas, y así no tocará el altar, y por el camino mas breve se va á su silla, y antes de sentarse hace reverencia al celebrante.

8.º En el Ofertorio el diácono descubre el cáliz, coge la patena y la besa, la entrega al celebrante y le besa la mano. Luego toma la vinajera de mano del subdiácono y echa el vino en el cáliz, ni poco ni demasiado, que cubra el fondo del cáliz, ó lo que cogeria en una cuchara de comer; el subdiácono echa el agua, como se ha dicho; el diácono con el purificador quita las gotas separadas y entrega el cáliz al celebrante, y para esto con la mano derecha cogerá el cáliz por debajo de la copa y con la izquierda por el pié, teniéndolo así lo besará y lo entregará al celebrante, y le besará la mano; y sosteniendo el brazo del mismo celebrante, con él dice: *Offerimus tibi, Domine, calicem salutaris, tuam deprecantes clementiam, ut in conspectu divinæ majestatis tuæ pro nostra, et totius mundi salute cum odore suavitatis ascendat. Amen.* Y puesto el cáliz en el altar, el diácono le cubre con la pália y da la patena al subdiácono.

9.º Despues de haber dicho : *Veni, sanctificator*, el diácono coge la naveta y la cucharita del incienso, y dice : *Benedicite, Pater reverende*, la besa, y despues la mano. Luego coge el incensario, como hemos dicho en otro lugar en la primera incensacion ; esto es, con la mano derecha cogerá el remate de las cadenillas y con la izquierda el extremo inferior junto al incensario, besa el extremo de las cadenillas, da el incensario al celebrante, y le besa la mano. Mientras el celebrante inciensa el cáliz, el diácono con la mano derecha tiene el cáliz. Despues el celebrante inciensa la cruz, y mientras la inciensa, el diácono con la mano derecha aparta el cáliz al lado de la Epístola, y con la mano izquierda levanta un poco la casulla. Incensada la cruz vuelve el cáliz á su lugar. Mientras el celebrante hace la incensacion del altar, el diácono y subdiácono van siguiendo, formando siempre una línea recta.

10. Concluida la incensacion el celebrante entrega el incensario al diácono, y este besa la mano y el incensario, hace reverencia al celebrante y le inciensa tres veces. Despues que el diácono ha incensado al celebrante se sale al plano del altar, é inciensa dos veces al subdiácono, quien baja un poco la patena hácia el pecho ; y antes y despues de la incensacion se hacen mutuamente inclinacion de cabeza. Incensado el subdiácono, el diácono entrega el incensario al turiferario, y se sube á la segunda grada en medio del altar, y hecha genuflexion se vuelve de cara al turiferario, quien le inciensa dos veces y se inclinan mutuamente ; despues el turiferario

hace genuflexion al altar y se va á incensar al coro.

11. El diácono, despues de responder al *Orate, fratres*, hace genuflexion, y va á servir al celebrante en el Misal.

12. Cuando el celebrante dice el Prefacio, el diácono y subdiácono se colocan el uno tras del otro despues del celebrante ; y un poco antes de que se diga el *Sanctus* los dos suben al altar, el diácono á la derecha y el subdiácono á la izquierda, y dicen con el celebrante lo que se sigue hasta el Cánon. Despues el diácono pasa á la izquierda del celebrante, haciendo genuflexion sobre la tarima al pasar por medio del altar, como igualmente cuando vuelve á pasar al otro lado, al decir : *Quam oblationem*. Puesto, pues, el diácono al lado del Misal asiste al celebrante mientras dice el Cánon, á no ser que otro sacerdote asistiese, que entonces se ha de colocar á la derecha del celebrante un poquito atrás ; pero el subdiácono siempre ha de estar fijo tras del celebrante.

13. Cuando el celebrante dice : *Quam oblationem*, el diácono pasa á su derecha, y arrodillado en la grada superior del altar, cuando el celebrante levanta el santísimo Sacramento él levanta los extremos de la casulla, y cuando es menester se levanta, y descubre y cubre el cáliz, y hará las genuflexiones que hace el celebrante juntamente con él.

14. Despues de la elevacion del cáliz, el diácono vuelve al libro, hace genuflexion primero junto con el sacerdote celebrante, y luego pasa al otro lado sin hacer mas genuflexion en medio

sino al llegar á aquel, donde se queda para volver las hojas. Despues de la consagracion hace el diácono los mismos signos que el celebrante y se inclina con él, excepto al *Supplices* y á las oraciones antes del *Communio*.

15. Mientras el celebrante hace los signos con la hostia consagrada, el diácono, con la mano izquierda sobre el pecho, sostiene con dos dedos de la derecha el pié del cáliz.

16. Cuando el celebrante dice : *Per quem*, el diácono hace genuflexion al Sacramento y pasa á la derecha del celebrante, y cuando es menester descubre el cáliz, hace genuflexion con el celebrante, igualmente cubre el cáliz y otra vez hace genuflexion. Despues del *Per ipsum* el sacerdote deja la hostia, y el diácono cubre el cáliz, hace genuflexion y se queda hasta el *Pater...*

17. Cuando el celebrante empieza el *Pater noster*, el diácono se va á poner tras del celebrante haciendo antes genuflexion ; y cuando el celebrante dice : *Et dimitte nobis*, hace genuflexion y se acerca al altar á mano derecha del celebrante, recibe la patena del subdiácono, la purifica, la besa y la dá al celebrante, le besa su mano, y descubre el cáliz ; y despues del *Pax Domini* lo vuelve á cubrir y dice con el celebrante el *Agnus Dei*.

18. Mientras el celebrante dice : *Domine Jesu Christe*, el diácono estará arrodillado esperando la paz, se levantará, y cuando el celebrante besará el altar, el diácono tambien lo besará, pero fuera de los corporales y sin poner las manos encima del altar, las que tendrá plegadas, y las abrirá para recibir la paz, pues que recibien-

do la paz del celebrante debe poner los brazos debajo de los del celebrante ; lo propio hará el subdiácono cuando la reciba del diácono. (*S. R. C.* 1846). Y es de notar que el que da la paz no hace inclinacion alguna al que la recibe, pero este la hace antes y despues.

19. Cuando el celebrante, teniendo el Sacramento en la mano, dice : *Domine, non sum dignus*, el diácono y subdiácono han de estar medianamente inclinados, y se dan tambien golpe al pecho, como hace el sacerdote ; y si no pueden comulgar sacramentalmente, á lo menos que comulguen espiritualmente, como desea el sagrado concilio de Trento ¹.

20. Despues de la Comunion del celebrante, si hay á quien dar la Comunion, se dará ; y se ha de empezar por el diácono, despues el subdiácono y los demás por orden. El subdiácono da el vino y despues el agua al celebrante para la purificacion. El diácono coge el libro y lo lleva á la parte de la Epístola y se va tras el celebrante. El subdiácono pasa á la parte del Evangelio, en donde purifica el cáliz.

¹ Quisiera, por cierto, el sacrosanto Concilio que todos los fieles que asistiesen á las misas comulgasen en ellas, no solo espiritualmente sino tambien sacramentalmente, para que de este modo les resultase fruto mas copioso de este santisimo sacrificio. (*Conc. Trid. ses. XXII, cap. 6*).

Y en otro lugar dice : Ordénense de subdiáconos y de diáconos los que tuvieren favorable testimonio de su conducta, y hayan merecido aprobacion en las órdenes menores, y estén instruidos en las letras, y en lo que pertenece al ministerio de su orden. Los que con la divina gracia esperan poder guardar continencia, sirvan en las iglesias á que estén asignados, y sepan que sobre todo es conveniente á su estado que reciban la sagrada Comunion, á lo menos en los domingos y dias de fiesta en que sirvieren al altar. (*Conc. Trid. ses. XXIII, cap. 13*).

21. En la Cuaresma, cuando el celebrante ha dicho *Oremus*, el diácono desde el lado de la Epístola se vuelve de cara al pueblo, y con las manos juntas dice : *Humiliate capita vestra Deo*, y habiendo dicho esto, se vuelve de cara al altar tras del celebrante. Concluida la última oracion el celebrante no cierra el Misal, sino el diácono ó maestro de ceremonias.

22. El diácono dice : *Ite, Missa est*, vel *Benedicamus Domino*, vel *Requiescant in pace*, segun la misa.

En las rúbricas del subdiácono ya hemos dicho cómo los ministros han de recibir la bendicion y se han de volver á la sacristía. Y finalmente, te encargamos que observes y mires detenidamente cómo lo hacen los que tienen práctica en su ministerio.

CAPÍTULO XXIX.

De la segunda facultad ú oficio del diácono, que es bautizar.

Aunque al diácono en su ordenacion se le concede facultad de bautizar solemnemente, no puede ejercerla sin permiso del que tiene jurisdiccion ordinaria, como la tiene el Papa en todo el mundo, el obispo en su diócesi y el párroco en su parroquia. Pues así como á estos, que son los pastores de las ovejas de Cristo, les corresponde apacentarlas con la predicacion, y sin su permiso nadie puede entrometerse á predicarlas, así tambien ellos, que son los esposos de sus respectivas iglesias, solamente pueden lícitamente

reengendrar por el Bautismo hijos de Dios y de la Iglesia. Los demás, aunque por razon de la ordenacion son presbiteros, diáconos, y tienen aptitud para hacer con toda solemnidad tan grandes funciones, sin embargo, el buen orden pide que nunca jamás ejerciten tales facultades sin permiso del superior de aquel lugar, á fin de evitar disgustos y dificultades. Por lo que decimos que el diácono nunca debe administrar solemnemente el sacramentó del Bautismo sin licencia expresa del párroco, y esta por lo regular no se da á un diácono sino cuando hay necesidad, ó lo exige la utilidad de la Iglesia.

CAPÍTULO XXX.

De la tercera facultad ú oficio del diácono, que es predicar.

En virtud de la ordenacion al diácono le compete predicar. En nombre de predicacion aqui no se entiende hacer sermones en grandes concursos de fiestas ; la predicacion del diácono no es otra que explicar con sencillez, comparaciones y parábolas á las gentes las verdades de nuestra santa fe, y esto, no en grandes concursos y reuniones, sino familiarmente, como lo practicaba el diácono san Felipe, y tambien en polémicas científicas, como lo hacia el diácono san Estéban siempre que le provocaban á ello y la gloria de Dios exigia que les contestase.

En cuanto á predicar sermones de fiestas de grandes concursos, nunca lo debe hacer el diácono sin licencia del párroco, ó mejor del Obis-

po. La práctica es que en el día, ni á los sacerdotes se les permite predicar sin licencia del Obispo dada por escrito; pero al diácono nunca se la da por escrito, sino por alguna vez, y esto de palabra. Lo que si te exhortamos, amadísimo seminarista, es que te dejes por ahora de esos sermones campanudos que llaman, que mas sirven para echar al predicador al purgatorio ó al infierno que para sacar un alma del vicio; pues si tales sermones producen tan tristes efectos en un sacerdote, mas desgraciados resultados darian en un diácono, por haber mas motivo de vanidad. Lo que has de hacer es imitar al diácono san Felipe, que sentado al lado del eunuco de la reina de Candaces le explicó familiarmente la doctrina de Jesucristo, y con su familiar conversacion se convirtió y se hizo cristiano. ¡Oh qué bien tan grande se puede hacer con las conversaciones y explicaciones familiares! Esto, pues, harás tú, que por cierto no te faltará oportunidad si la sabes aprovechar, ya con tus amigos y compañeros, ya con otras gentes, hablando del amor de Dios y del prójimo, de la devoción á María santísima, de las virtudes, de las prácticas de piedad. De la abundancia del corazón habla la boca, dice Jesucristo: si tú eres bueno y fervoroso, siempre estarás dispuesto; el diácono bueno es como el fuego, que calienta ó convierte en fuego todo lo que se le arrima. Además, como los incrédulos é impíos verán que eres un jóven diácono, te despreciarán, como el gigante Goliat despreció al jóven David; pero este con el auxilio del Señor le hirió y le cortó la cabeza con la propia espada. Tú tambien con

tus razones le has de herir la frente al soberbio que te provoque, y con la espada del error con que te argumentaba le has de enmudecer. Mira lo que sucedió al diácono san Estéban: se levantaron contra él diferentes escolásticos ó filósofos, disputaban con Estéban, y no podían resistir la sabiduría y espíritu con que les hablaba¹. Tú debes estar siempre prevenido para responder á los ataques que te hagan los mal llamados filósofos; para esto te aconsejamos que te hagas familiar el Diccionario teológico de Bergier y otros autores de controversia.

CAPÍTULO XXXI.

De las virtudes que debe tener el diácono.

Amadísimo seminarista, con haber sido ascendido al diaconado, no se te ha dispensado de las obligaciones que contrajiste cuando fuiste ordenado subdiácono: por el contrario, aquellas han subido de punto y las has de observar con mas perfeccion, y así guardarás castidad, vestirás hábitos talarés y rezarás el oficio divino; y además te decimos ahora que te has de ejercitar en otras virtudes propias de los diáconos.

ARTÍCULO 1.º—*De la vigilancia.*

La primera virtud á que te exhortamos aqui es la vigilancia; á este fin te decimos que te pares sobre aquellas palabras de san Pedro, que rezamos en la capitula de Completas: *Herma-*

¹ Act. vi, 10.

nos, sed sobrios y vigilad, porque vuestro adversario el diablo, como un leon rugiente va dando vueltas buscando á quien devorar; al que debeis resistir y hacer frente armados con la santa fe. El diácono es un centinela del ejército de Jesucristo, es una atalaya de la casa del padre de familias, es un guarda de la hacienda y heredad de Dios, que es su Iglesia; y así no debe ser amigo de comidas y bebidas, porque hacen somnolencias y agravan el espíritu; se ha de vigilar, y cuando el enemigo se acerque, llamar, dar voces: y así; cuando se vea que alguno esparce malas doctrinas en palabras, libros malos, etc., entonces dar parte al señor cura párroco ó al señor Obispo. Si en el Seminario se ve alguno que puede perjudicar, se debe decir á los superiores para que lo remedien como puedan, pues que mal lo podrán remediar si no lo saben. En donde te conviene mas y mas vigilar ha de ser cuando salgas del Seminario y te veas en medio de la Babilonia del mundo. Jesucristo decia á los discipulos: *Vigilate et orate, ne intretis in tentationem*. Se descuidaron, no vigilaron, no oraron tanto como debian, se durmieron, y ¿qué sucedió? Mira á san Pedro entre soldados y mujeres, niega á Jesús. Dime, amado seminarista, cuando salgas del Seminario para ir á tu pueblo, á tu casa, ¿no te verás obligado á hallarte con males semejantes? Tal vez criadas ú otras mujeres, que empezarán la tentacion como á Pedro; quizás militares ó impíos, que te ridiculizarán y burlarán; quién sabe si aun clérigos criticarán tus virtudes: ¡ay! nunca han tenido mas cabal cumplimiento que en nuestros desgraciados dias

aquellas palabras de san Juan, que *totus mundus in maligno positus est*. Y para hacer frente á tantos males y no dejarse sorprender de tan astutos enemigos es indispensable vigilar mucho: pero ánimo, no desmayar; por esto san Pablo nos hace saber que Dios no permitirá que la tentacion sea mas fuerte que la gracia que nos dará para resistirla y vencerla, y singularmente al diácono, que además de las gracias comunes tiene la especialísima de ese Sacramento propia para eso, como consta de la misma ordenacion cuando le dice el Obispo: *Accipe Spiritum Sanctum ad robur, et ad resistendum diabolo, et tentationibus ejus, in nomine Domini*. Pero cuidado no presumir de sus fuerzas, ni ser temerario en ponerse voluntariamente en el peligro, porque ya se sabe que: *Qui amat periculum, in illo peribit*. No es lo mismo hallarse en peligro que amar el peligro; el que ama el peligro ya peca, pero el que se halla en peligro y se aparta si puede, y si no puede se vale de todos los medios necesarios para no pecar, no peca.

ARTÍCULO 2.º— *De la fortaleza.*

La fortaleza, hé aquí otra virtud de que tiene grande necesidad el diácono; y de seguro la tendrá si es vigilante, si ora, porque el que ora todo lo alcanza, y podrá decir con san Pablo: *Omnia possum in eo qui me confortat*. Muchos ejemplos te podria citar de diáconos que se han distinguido en el ejercicio de la virtud de la fortaleza; me contentaré con referirte tres, y aun lo haré brevemente, esperando que tú tendrás cuidado de leer detenidamente sus vidas para sa-

berlos imitar ; estos tres serán san Estéban , san Lorenzo y san Vicente , y los dos cabalmente españoles.

El primero será san Estéban. Este santo Diácono , viendo los impíos de Jerusalem que no podían resistir la lógica de Estéban , que siempre que disputaban con él les confundía , se valen de esta maldad. Lllaman á Estéban á la disputa , pero no para disputar , que bien conocían que contra Estéban no tenían razon ni argumentos , sino para quitarle la vida. Para ésto preparan calumnias , conmueven al pueblo , reúnen los ancianos , escribas y fariseos , y violentamente arrebatan al santo diácono y le llevan al concilio. ¿ Piensas que por eso se espantó ? ¿ Quizá se pondría pálido á la vista sorprendente de los que estaban sentados en el gran concilio ? Nada de esto ; al contrario , como un Angel en serenidad y en fortaleza se deja ver de todos , segun dice san Lucas. *Et intuentes eum omnes qui sedebant in concilio , viderunt faciem ejus tanquam faciem Angeli.* (Act. vi). Nada teme : el concilio le dice que se defienda , y él no se defiende á sí sino únicamente la causa de Dios ; no dirige invectivas contra sus enemigos sino contra los enemigos de Dios , á quienes reprende con la mayor energía , y les dice : ¡ Oh hombres de dura cerviz y de corazones y oídos incircuncisos , vosotros siempre resistís al Espíritu Santo ; haceis lo que hicieron vuestros padres. ¿ A cuál de los Profetas no han perseguido vuestros antepasados ? Aquellos mataron á los que anunciaban la venida del Justo , y vosotros acabais de ser traidores y homicidas de este mismo Justo. Habeis

recibido la ley por disposicion de los Angeles , y no la habeis guardado. Al oír estas cosas los impíos trinaban y rechinaban contra él ; pero Estéban muy sereno , lleno del Espíritu Santo , levantando los ojos vió la gloria de Dios , y á Jesús que estaba á la derecha del Padre , y con el aspecto mas risueño y placentero dijo : Hé aqui que veo los cielos abiertos , y el Hijo del hombre que está á la diestra de Dios. Al oír estas palabras , fuera de sí de saña , arrebatan al santo Diácono y le echan fuera de la ciudad , y descargan sobre él una nube de piedras. Pero Estéban ni por esto se perturba , se hinca de rodillas , y levanta las manos y ojos al cielo ; pide perdon por sus perseguidores , y entrega gustoso su espíritu al Señor , rogando á Jesús que lo acepte , diciendo : *Domine Jesu , suscipe spiritum meum.* ¿ Y qué te diré , amadísimo seminarista , del diácono san Lorenzo ? ¡ Ay ! sabe y ha visto con sus propios ojos los edictos imperiales contra los cristianos ; ya ha empezado la persecucion ; el jefe supremo es conducido al suplicio ; en todas partes se oyen clamores de muerte ; pero el Diácono no teme la muerte , la desea ; sale al encuentro de san Sixto que iba á morir , siente el no morir con él , pero se consuela al saber que dentro de pocos dias lo conseguirá. Entre tanto se arma con armas de justicia , esto es , con buenas obras ; da los tesoros de la Iglesia á los pobres , da vista á los ciegos y anima á los flacos. Es llamado por el tirano , y alegre se presenta ; le amenaza con los mas terribles suplicios si no le entrega los tesoros de la Iglesia , y no abjura la fe ; pero Lorenzo no se da por entendido. El ti-

rano le promete riquezas, honores y otras cosas, y Lorenzo todo lo desprecia : irritado el tirano manda que Lorenzo sea quemado vivo, y se ejecuta esta sentencia con la mayor barbaridad ; pero Lorenzo en lugar de espantarse, como riéndose de los tormentos, no obstante de hallarse asado, dice al tirano : Ya la carne está asada, ya puedes comer. ¡Qué valor! ¡qué fortaleza!

Finalmente, ¿qué te diré del diácono san Vicente? Que fue preso por mandato del tirano Deciano ; le mandó atormentar de mil maneras, pero siempre en vano : ya le hace dislocar los huesos de los brazos, ya le hace lacerar todas sus carnes con garfios de hierro ; pero Vicente firme : le manda quemar en unas parrillas de hierro con grande fuego ; se derrite, pero él siempre constante y con los ojos fijos en el cielo rogando al Señor : fue llevado á la cárcel, y de nuevo atormentado ; pero Vicente siempre vence : es colocado en una regalada cama, y entonces, como horrorizado de los regalos, prefiere morir antes que disfrutar placeres, y en efecto murió, porque así se lo pidió al Señor. ¡Qué fortaleza tan grande! ¿Y no procurarás tú sufrir algo por amor á Jesucristo? Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por su amado ; pues de este amor ó caridad sale la fortaleza, y esta será la otra virtud que debes tener, y que falta explicar, como lo vamos á hacer en el siguiente artículo.

ARTÍCULO 3.º— *De la caridad.*

La caridad es la virtud en que mas te has de distinguir, porque es la virtud que mas tendrás

que ejercitar, si quieres cumplir, como debes, como buen diácono. Debes guardar el tabernáculo místico de Dios, que son los fieles ; á ellos has de atender corporal y espiritualmente ; has de socorrer las necesidades corporales en cuanto puedas ; has de asistir á las viudas y á los huérfanos, á los sanos y á los enfermos, á los ancianos y á los niños ; y como no pocas veces sucede que los pobres son mas pobres de alma que de cuerpo, y por desgracia mas solícitos andan para el remedio de las necesidades del cuerpo que de las del alma, por eso tú á todas debes atender ; has de imitar á Jesucristo, que á la vez curaba las enfermedades del alma y las del cuerpo ; y debes saber que no pocas veces Dios permite que el cuerpo tenga una miseria, una enfermedad, una caída, para remediar el alma, como sucedió á Saulo, que la oracion del diácono san Estéban le alcanzó la gracia de la conversion, y despues por medio de una caída de caballo se obró completamente, y dijo : Señor, ¿qué quereis que haga? y se le respondió que fuese á Ananías, y este le bautizó, y fue hecho un vaso de eleccion. Así, amado seminarista, has de valerte de todos los medios que te dicte la caridad, que ya sabes que ella es muy ingeniosa : tú en la casa del gran Padre de familias debes ser un sábio pedagogo, instruyefdo á los hijos de esa gran familia, alimentando á cada uno en la doctrina de la fe y de las buenas costumbres, acomodándote á cada uno segun su capacidad, nutriendo á todos, á los niños con leche, y á los robustos y crecidos en la virtud con alimento mas sólido ; tú debes corregir á los que yerran, pa-

cificar á los que riñen, componer á los que pleitean, á fin de que todos vivan de tal modo, que se pueda decir de todos ellos lo que dice san Lucas de los primitivos cristianos, que todos eran *cor unum, et anima una*, que toda aquella muchedumbre de creyentes no tenían mas que un solo corazon y una sola alma. Mas todo esto no se puede obrar si el ministro no está lleno de caridad, pues que para ello se ha de hacer y sufrir mucho, y solo la caridad es activa y paciente, como dice san Pablo. De aquí podrás inferir la grande necesidad que tienes de esa nobilísima y principal virtud. Pídelas continuamente á Jesús: suplica á María santísima que te la obtenga, y verás como la consigues, porque ella es la Madre del divino amor; y además de la oracion te ocuparás en la meditacion de la vida, pasion y muerte de Jesús, y te dirás aquellas palabras del Apóstol: *Dilexit me, et tradidit semetipsum pro me*. Y no lo dudes, si eres constante en ella, podrás decir con el Profeta: *In meditatione mea exardescet ignis*.

El alma que de veras ama, mas vive en donde ama que en donde anima, dice san Agustin. En donde está el objeto amado, que es el tesoro del amante, allí está su corazon. Por lo que si tú de veras amas á Jesús, mas vivirás en Jesús que en tí mismo, ó mejor dicho Jesús vivirá en tí, como dice Jesucristo: *El que me ama, guardará mi palabra, mi Padre le amará, Yo y mi Padre á él iremos y en él haremos mansion*; y por esto san Pablo con el mayor entusiasmo decia: *Vivo yo, pero no yo, sino que vive en mí Cristo*.

El amor es como el fuego, que todo el com-

bustible que se le arrima convierte en fuego. El que ama de veras á Jesús, todo lo que hace, dice, piensa y sufre, todo se le convierte en amor de Jesús. Al que ama á Jesús, todas las cosas le ayudan y cooperan á este amor, hasta las mismas faltas; porque le hacen mas humilde, mas cauto, mas fervoroso, y le hacen acudir mas á Jesús y estar mas arrimado y apoyado siempre en Jesús, y ama esta dependencia y necesidad que tiene de Jesús, y esto le preserva de la vanidad en medio de las obras buenas que hace.

El amor es fuerte como la muerte; el amor fuerte produce en el hombre lo que produce y causa la muerte, pues que la muerte despoja al hombre de las riquezas, honores, placeres y aun de sí mismo; solo queda el espíritu ó el alma, que es inmortal, pero desnuda completamente de todo lo terreno: otro tanto hace el amor á Jesús en el hombre. El amante de Jesús no hinea la rodilla al becerro de oro, esto es, no ama las riquezas, que segun san Pablo, este amor á las riquezas es una especie de idolatría.

El amor, ó encuentra ó hace semejante: *Amor, aut parem facit, aut invenit*. El que de veras ama á Jesús se hace semejante á Jesús. El que ama á Jesús manso y humilde se vuelve manso y humilde, y está muy léjos de incurrir en la *egolatría*, que es el *yo*, el orgullo personificado. El sabe y ama á Jesús y á Jesús crucificado, ni acierta á gloriarse sino en la cruz de Jesús, y huye de los placeres y gustos sensibles mas que de la muerte. El que ama á Jesús guarda castidad, y si Dios le llama á estado de castidad virginal (como lo es el estado eclesiástico), ¡oh con

que fidelidad la guarda! La castidad ó continencia se llama así, porque el que la guarda se contiene y abstiene de los placeres carnales. Esa virtud es tan premiada de Dios, tan amada de Jesucristo y de María santísima, tan encomiada de los santos Padres, y tan admirada de los hombres, por el mayor sacrificio que hace á Dios quien la guarda con perfeccion; pues que es mayor el sacrificio que se hace y de mayor mérito, segun es mayor el placer de que se abstiene, segun la mayor inclinacion y tendencia que se ha de resistir, segun el mayor dolor interno y externo que se tiene que sufrir, segun las mayores dificultades que se han de superar, y segun las mayores y mas continuas tentaciones que se tienen que vencer; y sabido es que todas estas cosas, mas ó menos, ó en un principio ó mas tarde, se han de sufrir; que fuera de bien pocas excepciones las sienten los mas, aunque sea el apóstol san Pablo, que podia al Señor que le librase, y se le respondió que le bastaba la gracia que Dios le daba para que no pecase, y que la virtud se perfeccionaba en la enfermedad ó en la tentacion; pues si todo esto se hace y se sufre por amor á la virtud, por amor de Dios para honrarle con este obsequio de tan grandes y tan continuos sacrificios, ¡oh cuán agradable ha de ser á Dios esta virtud de la castidad, y aun á los hombres, pues que la virtud tanto mas mérito tiene, tanto mas brilla, encanta y arrebatá, cuanto anda mas acompañada de mayores y mas prolongados sacrificios! Este es el camino en que se ven estampadas las huellas del hombre amante de Jesús y de María, del hombre esforzado y que

se hace violencia para arrebatá el reino de los cielos, del alma fuerte y valiente del diácono, como san Estéban, lleno de gracia y fortaleza: por este camino no pasa jamás el hombre vil, débil, menguado y cobarde, porque nunca jamás tiene valor para hacer un sacrificio, nunca jamás tiene fuerzas para hacer frente ni resistir á ningun antojo ó apetito de la concupiscencia, antes bien todo lo que le pide le concede: como es un cobarde y vil se deja vencer de su enemigo, y se rinde á su disposicion á la primera intimacion que él haga, y se queda prisionero y esclavo suyo. ¡Qué vileza! ¡qué miseria! ¡qué infamia!

Pero el hombre fuerte y amante, cual debe ser el diácono, se presenta delante de Dios y le ofrece este sacrificio, y si alguna vez se siente estimulado de la concupiscencia, le sirve de ocasion para hacer una nueva oferta al Señor, prometiéndole fidelidad. Se acuerda entonces el diácono de aquella expresion de Salomon, que dice que es mejor el varon sufrido que el valiente, y que mejor es el que domina sus pasiones que el que conquista ciudades; porque el vencerse á sí mismo es mas racional, mas natural, y por consiguiente es ser mas bueno y de mayor mérito, y es estar mas á propósito y preparado para sufrir el martirio con el auxilio del Señor.

CAPÍTULO XXXII.

Del presbiterado.

Empezamos este capítulo del presbiterado por lo que definió el sagrado concilio de Trento con